

PODER, DOMINACIÓN Y CORRUPCIÓN

Luis Herrera Abad*

*Mis ojos no quieren ver
lo que hay delante de mí,
yo ya no puedo entender,
ay, ay, ay, ay, ay,
lo que está pasando aquí.*

*Ojos de piedra tuviera
para poder resistir,
y aún cuando más dolieran,
Ay, ay, ay, ay, ay,
no los dejaré de abrir*

Arturo Pinto
"Ojos de piedra" (Yaraví)

El hombre no existe como ser "natural" o biológico. Sólo deriva en hombre a través de la influencia que otros seres de su especie ejercen sobre él, por lo cual podríamos decir que el hombre es un producto de su ambiente humano.

Su naturaleza es de tipo especial, no natural sino social. Transforma lo natural y al hacerlo crea cultura y se transforma a sí mismo. Son las normas, inculcadas a través de la familia y la educación escolar, los instrumentos que la sociedad utiliza para hominizarse al hombre. Desde esta mirada, el hombre se convierte en tal cuando transforma los datos naturales en resultados históricos y sociales. En esa línea, es el hombre adulto el que hominizarse, el que se erige sobre el destino del niño.

* Psicoanalista con función didáctica y ex-presidente de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Magister en Estudios Teóricos de Psicoanálisis y Licenciado en Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Autor de *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú* (Lima, Biblioteca Peruana de Psicoanálisis, 2018).

<psluisherrera@yahoo.com>

La familia sería el espacio en que tanto lo biológico (los impulsos) como la norma social se encontrarían. De dicho contacto surgiría la transacción, que tendría derivados tanto en el comportamiento social como en la representación que mentalmente nos hagamos de la realidad, es decir, el conjunto de imágenes y representaciones que nos vayamos construyendo de los otros, de nosotros y de nuestra relación con los demás.

De esta manera existiría, dentro del ambiente familiar, un tejido de complicidades que puede ocultar deseos y sentimientos contradictorios que hacen pensar que, bajo el sistema de creencias o mitos familiares, existe una "familia inconsciente" que opera sobre los vínculos. En este sentido el niño puede ser, cosa que sucede con frecuencia, depositario de las ansiedades y agresiones inconscientes del resto de los miembros. Así, en el "Caso de Juanito" Freud sostiene que los padres quieren hacer del niño un "modelo", sin preocuparles si aquello es lo mejor para él. Por ello, su énfasis señala que en la educación no sólo debe contar lo exterior, sino también *la realidad interna o realidad del deseo*. Esto sólo parece lograrse si el padre y/o educador recupera su *memoria de lo infantil* y vence la amnesia responsable de la censura del deseo. Sólo de esta manera se lograría evitar que la actitud paterna sea autoritaria, en el sentido de "apropiarse del deseo" del niño en función de los propios. Evitaría, quizá, convertir de una manera desproporcionada la fantasía del niño en objeto de culpa.

Bruno Bettelheim (1989), al referirse a la educación y al principio de realidad, decía: "uno de los aspectos esenciales de la llamada 'moralidad de clase media' es la convicción de que aplazar un placer inmediato con el fin de alcanzar satisfacciones más duraderas en el futuro, constituye la manera más efectiva de lograr el objetivo". Pareciera que la única manera de alcanzar la adultez responsable fuera supeditando el placer a la realidad, e incorporando la culpa como elemento de control interno acorde con los fines exteriores. "No hay civilización sin culpa" (Freud, 1930), pero desafortunadamente tampoco hay dominación sin la utilización de la culpa. La mayor parte de lo que se aprende no suele suscitar ningún placer o satisfacción inmediato; lo único que se obtiene es la esperanza de conseguir satisfacciones más valiosas mucho después (Bettelheim, 1989).

Si desarrollamos una visión del Perú a través del análisis de los gobiernos autoritarios que han tenido lugar en diversos momentos históricos, veremos que estos reflejan una figura paterna dominante y omnipotente que se establece en nuestro país a lo largo de su devenir, instalándose en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Considero que es tarea de los psicoanalistas descubrir una verdad oculta. Norbert Elías (1990) nos dice que todo individuo llega a ser humano cuando aprende a hablar, actuar y sentir en una sociedad formada por otras personas y que, con el tiempo, es probable que las fantasías con las que revestimos nuestro

ser tengan que ver con nuestra incapacidad para modificar las cosas de la vida, especialmente aquellas que pretenden aniquilarla. Agrega que esta imposibilidad, muchas veces, nos puede llevar a adquirir una máscara de deseos y temores que impide vernos tal como somos realmente. En otras palabras, nos conduciría a falsear la función de crear un imaginario que permita la transformación, puesto que las instituciones entrarían en una crisis que suscitaría una pérdida de equilibrio en la estructura emocional de la colectividad, debilitándose la fuerza para articular sentidos: la capacidad de simbolización se vería mellada. Kaës (1977) diría que en esa circunstancia se da una insuficiencia en el aparato psíquico grupal. En esas situaciones el grupo reclamaría a un líder autoritario para experimentar seguridad y protección. Mejor dicho, anhelaría entregar al líder, como el niño al padre, la solución a los problemas.

En nuestro país las relaciones de dominio pasaron de la dominación colonial a la republicana. La presunta libertad (“el ejército libertador”, “el grito de libertad”...) nunca lo fue a cabalidad puesto que permanecieron abismales diferencias económicas, sociales y raciales. Así, de nuestra historia oficial se hacía difícil extraer experiencias correctivas como desarrolla Quiroz (2013) en su *Historia de la corrupción*. En ella nadie se responsabilizó de los sucesos, presentando el mundo del dominante como superior al propio, el cual era desdeñado. Presentaba a indios y campesinos como ingenuos, cobardes, ignorantes. En general el acceso a la información, así como a los beneficios materiales del trabajo, era siempre para el grupo dominante, pequeño en número pero grande en poder. No son pocos los autores que nos dicen que ha resultado particularmente difícil aceptar a los indios como personas.

La posibilidad de un sentimiento nacional que hiciera a las mayorías sentirse partícipes en las formas de la legalidad y de las instituciones era apenas existente. Para las grandes mayorías la situación traumática de la conquista se prolongó, fomentando que se experimentara el desconsuelo de sentirse sin rostro. Además, el efecto que tiene el poder autoritario no es suprimir el deseo del otro sino subyugarlo y transformarlo para sus intereses. Los dominados se resignaron o soñaron con alcanzar los privilegios de los dominadores, sin poder dirigir su mirada hacia sus propios recursos y, menos aún, elaborar o transformar su situación. Las grandes mayorías, es decir, los más carenciados de los dominados, parecían derivar hacia estructuras de personalidad en las cuales cobraban forma los sentimientos de humillación y denigración, como si éstos fueran merecidos, atribuyéndose sus causas a la fatalidad.

Un pueblo largamente decepcionado y desvalorizado es propenso a convertirse en presa fácil de un líder-padre en el cual depositar su esperanza. Nuestra historia cuenta con varios ejemplos en ese sentido. Lamentablemente, pocas veces se trató de figuras que se distinguieran por su habilidad como gobernantes

o su honestidad. Para muchos de ellos el Perú fue un botín. Las leyes se acomodaban a sus beneficios y para ellos el castigo no existía.

Al no haber tenido posibilidad de elaborar las cicatrices por lo vivido, los peruanos se vieron precisados a buscar desesperadamente con quien identificarse. Una historia que permitiera el “trabajo de duelo” presentaría una verdad dolorosa pero restitutiva, a través de la cual aceptaríamos que junto con los cambios de la realidad exterior sucede una transformación interna en la que reconocemos los vacíos que deja la pérdida de figuras queridas y representaciones estructurantes tales como patria, sociedad, etc. Este proceso sugiere un cambio en el sujeto, a partir del cual se puede soportar mejor la realidad.

Posiblemente a lo mencionado se refería Alberto Flores Galindo (1988) cuando señalaba una marcada nostalgia en el pueblo por el retorno a las raíces andinas, pudiendo, decía, este sentimiento, rechazar el presente, negar la modernización, crear una “Utopía Andina”. Esas aspiraciones podían encarnarse en un personaje, especie de mesías, que restauraría un nuevo orden. Como bien sostiene, este planteamiento ocultaba un fuerte autoritarismo y solo proponía una inversión de las cosas y no una abolición de la explotación.

En esa línea, es necesario recordar que el dominio, insumo de la corrupción, es una forma de violencia afincada en la intersubjetividad. La violencia en situaciones de crisis social suele introducirse en las familias, generando actitudes que predisponen a los individuos a la sumisión, reproduciéndose en su interior el dominio sobre los débiles. “El individuo autoritario, como el padre omnipotente de la niñez, rechaza con violencia lo que es diferente a él. Es narcisista. Odia todo lo que es débil o lo que él considera como débil. Se opone al examen de sí mismo, con lo cual se aleja de la posibilidad de tomar conciencia de sus características. Siempre es el otro el que tiene la culpa. Mide a los seres humanos en términos de éxito o popularidad. Toda actitud crítica a su posición es considerada peligrosa y destructiva” (Herrera, 2018, p. 54). Se asume inimputable y desprecia todo aquello que pudiera ser solidario. Al respecto, y citando a Volkan (1998), decimos que el sujeto narcisista tiende a mostrar un componente grandioso que encubriría una fragilidad interna: “...ellos son vulnerables a los sentimientos de profunda vergüenza y son marcadamente envidiosos de los talentos de otros, de las posesiones mundanas y de la capacidad para tener relaciones interpersonales genuinas” (Volkan *et al.*, 1998, p. 153).

En esta situación y considerando que los seres humanos necesitamos, para desarrollar nuestra identidad, un conjunto de ideas o representaciones de nosotros mismos, de los demás y de nuestros vínculos, y que al unirnos generamos un conjunto de productos y creaciones que solo se imputan a ese colectivo y de las cuales también tenemos una representación mental, me pregunto por el destino de las instituciones, puesto que es el espacio en el que se desarrollan el

flujo compartido de representaciones e imágenes para cumplir el objetivo de regular la existencia de los seres humanos (Castoriadis, 1988).

En un país como el nuestro, fragmentado y en grandes dificultades para percibirse como Nación, es poco posible que los individuos se puedan sentir partícipes de un mismo proyecto social puesto que en esas circunstancias el imaginario colectivo se ve en dificultades para albergar representaciones consonantes que favorezcan la sensación de estar unidos. Las instituciones, por ejemplo, podrían representarse como entidades ajenas, con lo cual los peruanos experimentaríamos nuestra historia como algo que tiene poco que ver con nosotros mismos. El sentimiento es el de orfandad. En el fondo lo que palpita es la ausencia de una figura paterna adecuada y el frustrado intento de construirla. Agreguemos que en esta sociedad, en la que los actores sociales presentan intereses en pugna, los vínculos solidarios son escasos y los proyectos democráticos suelen ser frágiles y efímeros. El terreno es propicio para el engaño y la corrupción asociada siempre al cinismo y a la desconfianza.

En los últimos años el panorama se agrava. Situaciones que podrían ser entendidas como fuertemente traumatizantes tienden a agudizar aún más lo endeble de la estructura social. Siempre nos ha resultado difícil desarrollar códigos valorativos que consideren al otro como un igual. Con facilidad los valores han cedido ante los intereses económicos. El poseedor de la fuerza y el poder con frecuencia ha sido el que imponía sus intereses y sus leyes a los demás, los cuales solían carecer de rostro.

En el libro *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones*, René Kaës (1995) elabora, citando a Goethe, la frase de Fausto (1773-1831) a su alumno: lo que has heredado de tus padres para poseerlo tómallo, es decir, que el alumno sujeto de la herencia está dividido, como el sujeto del inconsciente, entre la doble necesidad de "ser para sí mismo su propio fin" y de ser "el eslabón de una cadena a la que está ligado sin la participación de su voluntad", pero a la que debe servir y de la que puede esperar un beneficio.

Nuestra historia hace de cada uno de nosotros, mucho antes de que nazcamos, sujetos de un conjunto intersubjetivo cuyos personajes nos tienen y sostienen como servidores y herederos de sus "propios sueños irrealizados", de sus represiones y renunciaciones, en trama de sus discursos, fantasías e historias. De esta prehistoria, el inconsciente nos habrá hecho representantes contemporáneos, pero sólo llegamos a ser dueños si resignamos la trama. Dice Kaës (1995) que "un sujeto es en primer lugar un intersujeto", recién, en una segunda instancia, será su propio gestor.

Siempre es en momentos críticos de la historia, como el que vivimos, en que convergen la necesidad de la transmisión y la de representación de ella, especialmente cuando entre las generaciones se instaura la incertidumbre de los vínculos, los valores y los saberes por transmitir.

Como en los grupos, en los individuos sucede que cada uno recibe en su infancia un conjunto de historias y mitos que recomponemos a nuestro estilo, modificándolos, subjetivándolos e individualizándolos. Pensemos que la corrupción existe desde siempre, aprendemos a ser solidarios o cínicos desde niños. Hay, pues, una perpetuación de lo antiguo y una “repetición” en la existencia humana, al mismo tiempo que una recreación. Constantemente, nos confrontamos con nuestro origen, lo que nos impulsa a repetir, pero también a descubrir nuevas formas en la “repetición”; entonces nos descubrimos como seres deseantes. Esto supone una continuidad que en ocasiones es alterada, tal es el caso del Perú. En nuestro país esta continuidad es fracturada por la conquista (Hernández, 2000), y a los habitantes de la cultura prehispánica no les queda más remedio que recrear lo que los conquistadores dejaron como herencia.

Por otro lado, el escenario está preparado para el gobierno dictatorial. Estos gobiernos y su poder se mantienen, pues el grupo de seguidores se cohesionan en su conformismo y armonía colectiva que suscita sentimientos de seguridad. El disenter es arriesgarse, exponerse a la reacción del grupo y, del líder. Sin embargo, la armonía y su sentimiento de seguridad ocultan al sentimiento de impotencia: el individuo participa del poder del líder autoritario pero esconde su incapacidad. La omnipotencia es pues una asignación de la impotencia. Quizás es por eso que las personas son más proclives a los vínculos sumisos en épocas de crisis social o económica y es en esas circunstancias cuando suelen surgir como “salvadores” los líderes autoritarios, o padres omnipotentes. Y en ellas se desarrollan, preponderantemente, los mecanismos de desmentida, ejes de la corrupción.

Así, sistemas autoritarios han emergido siempre en sociedades con organizaciones marcadamente jerarquizadas con tendencias heterónomas (Castoriadis, 1997) donde las autoridades e instituciones se caracterizan por ser dominantes y verticales. La autoridad paterna al interior de la familia probablemente responda a estilos autoritarios que constituyen modelos deseables o ideales, y es entonces muy probable que antes del surgimiento del líder ya existieran predisposiciones a la repetición de vínculos sumisos en los individuos y sus familias, de los cuales se nutre el germen de los corruptos y sus justificaciones.

De esta manera, se renuncia a un factor central en la formación de la personalidad humana, el enfrentarse y dominar los conflictos y las crisis internas e interpersonales, y no se llega a adquirir la confianza indispensable para el logro de la autonomía. En realidad, el desarrollo humano y la vida misma oscilan entre el poder como fuerza empleada para la individuación y la relación con los demás, y el sentimiento de impotencia asociado al temor a usar los propios recursos para modificar la realidad y arriesgarse al fracaso. La oscilación es entre la responsabilidad de tomar decisiones o sucumbir a la tentación de regresar a los momentos

infantiles en que otros las tomaban por nosotros, haciéndonos creer que éramos nosotros mismos quienes las tomábamos.

En lo expuesto se sugiere una interrelación entre el que domina y el dominado. El dominador anhela ver su rostro reflejado en el del dominado y, como sostiene Dorey (1986), "anhela poseer el deseo del otro". Éste por su parte no lo sabe y más bien argumenta las bondades y beneficios de tal situación. Sin embargo, se da una curiosa paradoja en el ejercicio del poder autoritario: cuanto más dominante es, más sentimientos de impotencia se mueven detrás de él y más necesidad existe de ocultarlo. Esto explica la alianza generalmente existente entre el poder y la fuerza, cuyo extremo es la guerra, en la que matar al otro está permitido sin culpa y más bien con beneplácito. En ella se pretende imponer el poder al otro destruyendo su identidad y conservando así la propia, ya sea matándolo o convirtiéndolo en un siervo sumiso.

Entre el que ejerce el poder autoritario y el que lo sufre existe un diálogo: ambos viven por y para el otro. Es un fenómeno intersubjetivo. Los protagonistas viven una ficción, el dominador pierde contacto consigo mismo y cree en su omnipotencia, y el dominado vive la ilusión de participar del poder que lo domina. Renuncian a su autonomía y lo ignoran. Valores y creencias se ponen al servicio del vínculo y su perpetuación.

Es así que el logro adecuado en el ejercicio del poder se ubicaría en su empleo para alentar el desarrollo crítico, lo cual supone de parte del que lo ejerce la autocrítica suficiente como para permitirle aceptar sus limitaciones y recursos. Es aceptar la existencia de lo "imposible", distinguiéndolo del sentimiento de impotencia. De lo contrario, surgiría la violencia. Recordemos que la impotencia es caldo de cultivo para la corrupción ya que requiere de "argumentos" que la justifiquen. Paralelamente, el colocar la omnipotencia por encima de las normas, y en general de cualquier límite ético, se aproxima también a la corrupción pues pone en duda el valor de las leyes.

Como en el acto violento, en la corrupción el otro deja de ser un semejante. Las leyes entonces tienden a ignorarse, especialmente cuando no se ajustan a los requerimientos del que las impone. Esto supone que la víctima queda atrapada en la situación impuesta que no eligió, de la que no se puede salir y a la cual no puede denunciar, pues su reclamo no es escuchado. De esta forma el sujeto se siente desvalido como el niño pequeño al que su madre no suministra los cuidados básicos, es decir queda sometido no solo al miedo sino a la profunda desolación de no ser escuchado.

Por otro lado, los corruptos al justificar sus actos en el nombre de la defensa de la sociedad o del grupo, se plantean la prioridad de la ley de la institución sobre la ley pública. Helman (2004): "Según se desprende del material de análisis de las víctimas, es aplicable a la mentalidad de los victimarios la existencia habitual

dentro del sistema psíquico de un subsistema cínico que genera o propugna una tendencia a menospreciar las convenciones sociales, con alarde de las cualidades de falta de ética presentadas como si estas "cualidades" fueran superiores y dotarán a quien las tiene de un estatus por encima de sus semejantes y de las leyes que "solo respetan los débiles, los tontos y los inferiores" en un aparato psíquico con un super yo aparentemente permisivo que no pone límites a los impulsos destructivos contra los objetos, pero que por esa misma dinámica impide el desarrollo ético adecuado" (p. 804).

La legalidad es con frecuencia destruida por el ejercicio del poder y la exclusión, al hacer que la ley pública sea un texto sin vigencia. En palabras de Portocarrero (2004): "La ley rechazada en la transgresión (sistemática) se convierte en un fantasma. Algo re-negado pero de cualquier manera presente como un malestar, como un sentimiento de culpa que desgarrar, que reclama un castigo para pacificarse. Una suerte de demonio interior que nos juzga con crueldad y que menoscaba el goce de existir" (p. 281).

Los efectos de la corrupción sobre aquellos que se resisten a ella son la victimización y la exclusión, que no solo ocurre dentro de lo jurídico-político sino también sobre el psiquismo. Lamentablemente, estas secuelas no son vistas como tales y se ignoran. No se quieren o no se pueden ver, quebrándose aún más el lazo que une a los ciudadanos. Las víctimas serán doblemente excluidas.

El sistema corrupto se caracteriza por una tendencia sistemática a la mentira. Si miramos esto desde la perspectiva psicoanalítica, tendremos necesariamente que referirnos al tema de la búsqueda de la verdad.

Fue Bion uno de los autores que más se interesó, después de Freud, por el problema de la "verdad" en psicoanálisis. Para él, la verdad era lo que nutría al ser humano y la "no verdad" lo que lo enfermaba. Le preocupaba el "vértice" de la verdad que el analista debía descubrir en el análisis. "El deseo de no desear" de Aulagnier (1995) coincide en la toxicidad con la "no verdad" que propone Bion. La transformación de los elementos beta y la construcción de los elementos alfa aluden a esa "verdad" y nos libran a los analistas de la posibilidad de hundirnos en la desesperanza y el vacío.

Podríamos afirmar que el ser humano no parece lo suficientemente capaz de tolerar verdades acerca de sí mismo, especialmente cuando la verdad se deriva del dolor. Surge entonces la tendencia a crear mentiras. En su trabajo sobre el individuo y la sociedad, Norbert Elías (1990) menciona en detalle cómo el hombre crea "magia" para buscar aliviar, mediante pensamientos cargados de fantasía, lo insoportable de su situación vital, y afirma que estas fórmulas mágicas hacen muy difícil plantear y resolver los problemas de fondo, especialmente aquellos que atañen a la relación entre los seres humanos.

Hemos dicho que el individuo en una situación de sumisión tiende a experimentar sentimientos de conformidad y resignación y a buscar “figuras paternas” para depender de ellas. Frente a la búsqueda de la “verdad”, en este escenario surge la mentira como instrumento político usado con mucha frecuencia en los regímenes totalitarios y que cuenta con la complicidad tácita del pueblo que la acepta.

Nuestra estructura social, como podemos ver a través de la historia, se ha mostrado frágil y sus instituciones no se han caracterizado por representar eficazmente a los sectores mayoritarios de la población. No es posible hablar de una identidad cohesionada. Estaríamos más bien ante una identidad fragmentada que corresponde a un país pluriforme, plurirracial y pluricultural. Cada fragmento se distancia del resto y desarrolla estereotipos e imágenes deformadas del otro, que no se ajustan, necesariamente, a la realidad. La distancia incide en el desconocimiento y las relaciones se suelen regir por las leyes de dominio. La violencia entre los fragmentos parece ser el único nexo.

De esta manera, nuestra sociedad no se ajusta, precisamente, a lo que podría denominarse “sociedad autónoma”, como llama Castoriadis (1997) a aquella en donde los individuos, como colectivo, se sienten gestores de sus propias leyes, en una situación de igualdad en cuanto a su participación en el poder. Aquella en donde la reflexividad colectiva alcanza su grado máximo, siendo la democracia el régimen que le corresponde: decide en común lo que se va a hacer pero se permite revisar lo ya pensado y decidido, pudiendo modificarlo. En cambio, también se encuentran las “sociedades heterónomas”, donde el individuo se uniformiza: son estructuras no individuantes sino uniformizantes. Por lo visto, nos acercamos más a ésta modalidad. Revertir esta situación es una ardua tarea que pasa necesariamente por ser conscientes de nuestras complicidades y de los mecanismos que cubren la realidad. Derrida (2001) pensaba que el Psicoanálisis es una disciplina “sin coartada” por ser autoreflexiva, por mirarse a sí misma dentro del fenómeno estudiado, y por tener la toma de consciencia como objetivo. En ese sentido, al igual que el descubrimiento del pasado oculto en el presente, el psicoanálisis debiera también asumir su responsabilidad frente a la necesidad absoluta de un cambio en nuestro país, en donde, como diría Basadre (1931) se da el problema pero también la posibilidad.

Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. (1995). Tiempo vivido, historia hablada. En *Revista de Psicoanálisis*, 52(2), 539-549.
- Basadre, J. (1931). *Perú, problema y posibilidad. Ensayo de una síntesis de la evolución histórica del Perú*. Lima: E. Rosay.

- Bettelheim, B. (1989). *Educación y vida moderna*. Barcelona: Crítica.
- Castoriadis, C. (1997). *El avance de la insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.
- _____. (1988). *Political and Social Writings*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Derrida, J. (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis: Lo imposible más allá de la soberana crueldad*. Buenos Aires: Paidós.
- Dorey, R. (1986). La relación de dominio. En G. Delgado Aparicio y M. Lemlij (eds.) *Libro Anual de Psicoanálisis*, pp.195-204. Lima: Ediciones Psicoanalíticas.
- Elías, N. (1990). *La sociedad de los individuos: ensayos*. Barcelona: Edicions 62.
- Flores Galindo, A. (1988). *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. Editorial Horizonte.
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En L. Etcheverry (trad.). *Obras completas*, Vol. XXI, pp. 57-140. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Helman, N. (2004). El descreimiento en la bondad humana hallado en víctimas de abusos extremos. *Revista Psicoanálisis (APdeBA)*, 26 (3), 297-813.
- Hernández, M. (2000). *¿Es otro el rostro del Perú?: Identidad, diversidad y cambio*. Lima: Agenda Perú.
- Herrera, L. (2018). *Reflexiones psicoanalíticas sobre la violencia y el poder en el Perú*. Lima: Sociedad Peruana de Psicoanálisis.
- Kaës, R. (1977). *Aparato psíquico grupal*. Barcelona: Gedisa.
- _____. (1995). *El grupo y el sujeto del grupo: elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*. España: Amorrortu.
- Portocarrero, G. (2004). *Rostros criollos del mal*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Quiroz, A. (2013). *Historia de la corrupción en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Volkan, V., Akhtar, S., Dorn, R., Kafka, J., Kernberg, O., Olsson, P., Rogers, R. & Shanfield, S. (1998). The psychodynamics of leaders and decision making. En *Mind and Human Interaction*, 9(3), 130-181.

Resumen

El hombre sólo deviene en éste a través de la influencia que otros seres de su especie ejercen sobre él. Son las normas los instrumentos que la sociedad utiliza para hominizarse al hombre, pues para alcanzar la adultez responsable será necesario supeditar el placer a la realidad, e incorporar la culpa como elemento de control interno acorde con los fines exteriores.

Un pueblo largamente decepcionado, desvalorizado, fragmentado, con grandes dificultades para percibirse como Nación, y con un sentimiento de orfandad que da cuenta de la ausencia de una figura paterna adecuada y el frustrado intento de construirla, es propenso a convertirse en presa fácil de un líder-padre en el cual depositar su esperanza.

Si desarrollamos una visión del Perú a través del análisis de los gobiernos autoritarios estos reflejan una figura paterna dominante y omnipotente que pocas veces se distinguieron por su habilidad como gobernantes y honestidad, pero que paradójicamente se han instalado en la vida cotidiana de los ciudadanos.

Si bien la corrupción existe desde siempre, el presente artículo tiene como objetivo brindar una aproximación a la dinámica intersubjetiva que se establece dentro de estos fenómenos.

Palabras clave: poder, dominación, corrupción, omnipotencia, sociedad

Abstract

Man only derives in this through the influence that other beings of his species exert on him. Rules are the instruments that society uses to hominize man, because to reach responsible adulthood it will be necessary to subordinate pleasure to reality, and to incorporate guilt as an element of internal control in accordance with external ends.

A people long disappointed, devalued, fragmented, with great difficulties to be perceived as a Nation, and with a feeling of orphanhood that accounts for the absence of a suitable father figure and the frustrated attempt to build it, is prone to become easy prey for a leader-father in whom to deposit his hope.

If we develop a vision of Peru through the analysis of authoritarian governments, they reflect a dominant and omnipotent father figure who rarely distinguished themselves by their ability as rulers and honesty, but who have paradoxically settled into the daily lives of citizens.

Although corruption has always existed, this article aims to provide an approximation to the intersubjective dynamic that is established within these phenomena.

Keywords: power, domination, corruption, omnipotence, society